

Paternidad extraterrestre

24 señales para descubrir a un alien

JULIANA MUÑOZ TORO

ELIZABETH BUILES (ilustración)

Tragaluz Editores, Medellín, 2017,

123 pp., il.

SIN GALAS innecesarias, entremos al texto, a este gran libro protagonizado no por uno sino por dos personajes: un niño y un experimento de estilo. Planeada esta simbiosis única, elevada a la tercera potencia —por las ilustraciones que participan de esta historia—, abrimos con un interrogante: ¿de qué va esta conjunción, esta historia tricéfala?

El libro *24 señales para descubrir a un alien* nos ofrece una manera novedosa de analizar la paternidad desde la óptica de un niño que, como todos los niños, recrea un universo para moldear sus primeras concepciones de lógica ante el embate de la realidad. Benjamín, el primer personaje principal, es un niño que nos lleva de la mano a través de sus miedos, dudas, descubrimientos e hipótesis cada vez más ingeniosas para entender el comportamiento de los mayores y del mundo que lo rodea. Desde el inicio leemos cosas como: “Dentro de papá vive un alien pequeñito que lo controla. Por eso hace cosas que no me gustan. Por eso se comporta como si fuera de otro planeta. Le grita a mamá y a mí casi no me habla” (p. 13). Y es en cada una de esas frases encerradas en el rígido parecer de los puntos seguidos que Benjamín nos habla y nos explica su versión de la adultez, la niñez, el colegio, las peleas en las que nace el sentimiento de ira o venganza, pero también nos habla de las primeras amistades.

Ahora, ya que hablamos de los puntos... Nos encontramos con el segundo personaje principal de este libro: el estilo. En la nota de la autora, se hace presente una declaración explícita acerca del experimento ortotipográfico en el que se concentra todo el libro, y por eso no es raro encontrarnos con diálogos poco usuales, monólogos truncados o acciones que nos descolocan en la narración. O en palabras de Juliana:

(...) nuestro narrador es tan espontáneo que podría expresar todo lo que piensa en voz alta. Por eso quise que fuera muy sutil la separación de lo que estaba en su mente y lo que finalmente decía. Mi propuesta para lograr esto y darle ritmo a la novela fue empezar los diálogos con mayúsculas después de una coma. (p. 11)

Como en el *Quijote* de Cervantes, una vez que se da vida y voz propia a los personajes, el autor no se responsabiliza por las aventuras que estos decidan emprender, por las declaraciones que hagan; por el contrario, saltan a una explosiva interpretación de los acontecimientos desde una perspectiva que van moldeando en cada palabra, en cada guion o coma que adoptaron para hacer gala de sus razonamientos.

Juliana Muñoz Toro otorga una vida tan singular a Benjamín, que este hace de un retrato casi que cinematográfico de su hogar, mostrando cómo un niño podría analizar a su familia ante las adversidades y traducir los gestos crudos de sus padres ante la incomunicación, los problemas económicos, sin dejar de ser pueril, agudo y certero. Incluso también nos enseña la forma en la que Benjamín puede interpretar expresiones usadas por los adultos: “La mala suerte es un invento de los extraterrestres para hacernos cosas malas sin que nos demos cuenta de que ellos son los culpables. Dejaron ventanas abiertas hacia otros mundos que son igualitos a este” (p. 55), o un simple fenómeno corporal: “El profe nos señala el Polo Norte y de sus axilas sale un gas venenoso que nos va a matar” (p. 115). Ahora, el humor de estas pequeñas narraciones es tan genuino que procede sin escándalo y es natural entre la crueldad que rodea la vida de Benjamín.

Con narraciones así, quedamos ante la pregunta de si la literatura infantil debe conservar su rótulo categórico o simplemente debe entenderse como literatura, a secas, sin ese adjetivo que tiende a subvalorar los contenidos para los más pequeños. De igual manera, en un gesto de malabarista, Benjamín va desprendiendo en su imaginación las pesadas capas que recubren la hostilidad de ese alien llamado padre, con el

tono cauteloso de observador que usa para reaccionar ante cada mala cara, palabra o gruñido de él:

Papá ya no se ve como papá sino como un alien pequeñito. Lo peor es que mamá es más chica y él puede agarrarla con la boca para llevarla de un lado a otro. No quiero que eso pase. Le hace daño. Con el dedo gordo lo voy a dejar apachurrado contra el piso (...). (p. 97)

Aquí, la violencia intrafamiliar aparece en medio de dolorosas líneas que dejan entre interrogantes la forma en la que, como adultos, construimos esquemas de razonamiento para entender esas pulsiones o esas lógicas con las que algunos operan, ya sea por su violencia o por la sumisión con la que proceden.

Ahora, entre los dos personajes principales hay un vaso comunicante. Las ilustraciones de Elizabeth Builes son esporádicas pero oportunas. Con una distribución generosa de las ilustraciones en algunos de los capítulos, entendemos que estas son pequeñas esquivas con la condensación necesaria; cada una de las imágenes que van apareciendo a lo largo de la narración aterriza el universo que Benjamín ha recreado para nosotros y para él mismo, para entender a su padre, a su madre, el cáncer, o su infancia rodeada de algunos interrogantes que se plantean para ser respondidos a través de todo el libro. No en vano se puede decir que las ilustraciones y el texto se entienden muy bien y ayudan a formular todo lo que la autora es capaz de hacernos imaginar. Desde la paleta de colores ocres y azules que nos habla de un pasado nostálgico, hasta los trazos gruesos, poco definidos y desenfadados de Builes, todo se comunica en justa armonía.

Hay un error en suponer que los libros infantiles son solo para niños: *24 señales para descubrir a un alien* es una explicación a esto. Escribir para los más pequeños es el reto al que todo gran escritor debería aspirar y por eso no deja de sorprender que sea por medio de la sencillez, y no del asombro o el artificio, como Juliana Muñoz Toro nos habla de esta particular paternidad extraterrestre en la cual lo áspero y lo tierno diagnostican los problemas comunes en una familia de clase media

baja que excluye los afectos de sus asuntos cotidianos.

Un libro bastante parecido pero con un registro totalmente diferente, al que se puede comparar por su sencillez y buena escritura, es *Camino a casa* de Jairo Buitrago, ilustrado por Rafael Yockteng. Los dos libros abordan la figura del padre desde una metaforización y lenguajes lacónicos: en el caso de este último libro, no es un alien sino un león el que acecha los pasos de una niña que transita la ciudad —como su vida misma— bajo la sombra de un padre ausente. El padre es, en estos libros, una figura familiar que para cualquier niño puede comenzar a cargarse de significados asombrosos, ya sea por su ausencia, violencia u omnipotencia. En general, en la literatura, la figura del padre ha sido objeto de grandes obras, para autores que van desde Kafka hasta Faulkner o el mismo Gabriel García Márquez con su patriarca. Este arquetipo no es solo un patrón sino una figura de análisis y trabajo. Sin duda la presente obra también se alinea en este tipo de disertación.

Queda más que abierta la invitación a viajar, con este libro, al mundo extraterrestre de la infancia. Con una sencillez divertida y pocas veces inocente, nos acercamos a nuestros propios recuerdos como si con ellos estuviera tejida la palabra “niñez”, que al final es la misma en todos; esto en el sentido de que todos partimos de ella, pero cada uno va decidiendo si volver con el corazón o con la razón para entenderla. Finalmente, hay un detalle del libro que lo hace mucho más provechoso para un incipiente lector y son sus páginas finales donde, a modo de diario, este puede consignar sus propias señales para descubrir a un alien en un mundo como este, cada vez menos humano.

Más que recomendar la lectura intergaláctica pero netamente terrena de *24 señales para descubrir a un alien*, insisto en dos cosas: en ponerle el suficiente cuidado y gozo que merece y en que, más allá de volver a sus páginas para seguir descifrando la manera en la que un niño crea su propia lógica —una lógica privada frente a los razonamientos públicos que hemos heredado de conceptos como familia, enfermedad, niñez o paternidad—, nos planteemos la posibilidad, como

lectores, de pensar nuestra propia niñez en los términos en que la autora lo expone aquí, para redescubrir en este ejercicio la palabra “infancia”, la única patria del hombre, al decir de Rainer Maria Rilke.

Lina Alonso